

Entrevista con Geoffrey Parker

«Soy un mecánico de la historia»

Carlos Alfieri

Recientemente, la Editorial Taurus ha publicado en castellano el libro *El éxito nunca es definitivo. Imperialismo, guerra y fe en la Europa Moderna*, en el que a través de diez apasionantes estudios históricos –cuatro de ellos centrados en Felipe II y el imperio español– se analiza la precariedad de resonantes triunfos políticos, militares, económicos o religiosos de los siglos XVI y XVII europeos que fueron seguidos, con frecuencia, de aplastantes fracasos.

Su autor, Geoffrey Parker, es un brillante historiador británico –nacido en Nottingham en 1943 y radicado desde 1986 en Estados Unidos–, titular de la cátedra Andreas Dorpalen en la Universidad Estatal de Ohio; anteriormente fue profesor en las universidades de Yale, Illinois, British Columbia y Saint Andrews. Es autor o coordinador de veintiocho libros, la mayor parte traducidos a varios idiomas, entre ellos *La revolución militar* (1990), *El ejército de Flandes y el camino español* (1991), *La gran estrategia de Felipe II* (1998), y *Felipe II* (2001). Actualmente está escribiendo un extenso trabajo sobre la crisis mundial del siglo XVII. Con ocasión del viaje que realizó a España para presentar su última obra brindó a *Cuadernos Hispanoamericanos* la siguiente entrevista.

–«*El éxito nunca es definitivo*». ¿Significa esa sentencia impregnada de escepticismo –debida, por cierto, a Winston Churchill– que en la historia puede haber vueltas atrás perdurables?

–Lo que enseña la Historia, sencillamente, es que nunca ha habido un imperio que durase para siempre. Puede pervivir dos siglos, que es bastante más que nuestra vida, pero nunca para siempre.

–¿Y el fracaso tampoco es definitivo?

–El fracaso sí puede ser definitivo; el éxito no. Hay ciertos conceptos de Estado que murieron para siempre. Se puede vencer una, dos, tres veces, pero no todas las veces. En cambio, se puede fracasar para siempre. El polí-

tico británico Enoch Powell decía: «Toda vida política termina en fracaso». Lo notable es que, en la mayoría de los casos, la caída fue precedida por triunfos asombrosos.

—¿Qué le atrajo de la figura de Felipe II, a la cual ha dedicado buena parte de su labor de historiador?

—En 1964, cuando yo era estudiante en la Universidad de Cambridge, asistí a las clases de John H. Elliott, uno de los más eminentes historiadores británicos, que entonces era joven y casi desconocido. Recuerdo que en una oportunidad, señalando un mapa de Europa que colgaba sobre la pared, nos dijo a los doscientos alumnos presentes en el aula: «Uno de los grandes misterios relativos al poder de los Habsburgo es cómo España consiguió enviar tanta riqueza y tantos soldados a la guerra en los Países Bajos. No podían ir por mar, debido a la amenaza de la flota inglesa y de la holandesa, de modo que Felipe II creó una ruta terrestre alternativa desde Milán a Bruselas, que los contemporáneos llamaron “el Camino de los Españoles”». Eso me pareció a mí, y quizá a ninguno más de los otros asistentes, extremadamente interesante. Cuando acabó esa clase seguí a Elliott a su despacho para pedirle bibliografía sobre el tema. Me enseñó un libro de Lucien Febvre de 600 páginas, y en francés. Quería comprobar si yo estaba interesado en serio. Y lo estaba. Cuando lo leí, volví a su despacho para preguntarle si él estaba dispuesto a dirigir mi tesis sobre «el Camino de los Españoles». Desde entonces, nunca pude salir de la sombra de Felipe II, de quien no hay que olvidar que llegó a gobernar sobre el primer imperio global de la historia, unos dominios «donde nunca se ponía el sol», como admitían incluso sus enemigos. Fui atrapado por él como un pez por un pescador.

—Católico fanático, intolerante, cruel y oscurantista, según la opinión de muchos; príncipe renacentista para otros. ¿Cómo caracteriza usted a Felipe II?

—¡Hubo tantos cambios en la literatura sobre el monarca a lo largo del tiempo! En 1948, Américo Castro escribió un artículo titulado «¿Por qué los españoles no quieren a Felipe II?» En 1998, al cumplirse 400 años de la muerte del rey, aparecieron más o menos 25.000 páginas sobre su figura, la mayoría de ellas escritas por españoles, en las que se registraban grandes cambios de muchas de las concepciones anteriores. Creo que uno de los aportes decisivos que los explican ha sido el descubrimiento del archivo de los condes de Altamira, que contiene entre 10.000 y 12.000 documentos escritos de puño y letra por Felipe II, y que revelan facetas

poco conocidas o desconocidas de la personalidad del monarca –que, si seguimos la terminología de Freud, podríamos definir como un tanto anal–, y lo muestran como un hombre muy simpático. También están las cartas que escribió a sus hijas, las infantas Isabel y Catalina, que corresponden a un buen padre, pero aquellos documentos de gobierno dan cuenta de un rey muy humano, de vez en cuando desolado, deprimido, desesperado, pero nunca cruel, nunca oscurantista. No se trata de un diario sino de cartas escritas a su secretario privado en la cámara de al lado de su dormitorio. Felipe II dejó todo por escrito y abordó todos los temas, desde los sufrimientos que le ocasionaban sus hemorroides hasta los problemas políticos de Flandes o la tos que lo aquejaba –«en abriendo los papeles me viene la tos» expresaba, fastidiado–. Sin embargo, a pesar de esa posible alergia, fue quizá el hombre de Estado que dejó tras de sí la mayor estela de papel, lo que constituye una gran fortuna para nosotros, los historiadores, que gracias a eso sabemos hoy de él más que de ningún otro personaje de su tiempo. Por algo ha sido la figura histórica de quien más se escribió, salvo Hitler y Napoleón, tal vez.

–En definitiva, ¿qué retrato trazaría hoy de él?

–A mi juicio no era, como dijo Gregorio Marañón, un débil con poder, sino un hombre con ideas fijas con poder. Esencialmente, tenía un punto de vista mesiánico y logró con sus fuerzas casi todo lo que quiso, pero al final tuvo ambiciones desmesuradas y creyó contar con Dios para tender un puente entre ellas y sus medios para concretarlas. Me parece que su idea de un imperialismo mesiánico es el punto más importante de este nuevo retrato que hoy podemos trazar de él. Tenía tanta confianza en que Dios lo había señalado que nunca desarrolló, por ejemplo, una estrategia de respeto a los adversarios, porque el haberlo hecho habría indicado una falta de confianza en los designios divinos.

–¿Hay algún imperialismo que no haya sido mesiánico?

–Ciertamente, en el siglo XVI había muchos imperialismos mesiánicos. Isabel I de Inglaterra –y lo mismo podemos decir de Enrique IV de Francia– también estaba convencida de que Dios estaba de su parte. Una famosa medalla conmemorativa de la victoria inglesa de 1588 sobre la llamada Armada Invencible española, acuñada en realidad en la entonces aliada Holanda, rezaba: «Dios sopló y se disiparon», aludiendo al factor decisivo de haber contado la flota británica con un intenso viento a favor. Pero había una diferencia: la enorme confianza en Dios que tenía la corona inglesa no

le impedía planificar minuciosamente una estrategia bélica adecuada. En cambio, Felipe II no creía demasiado en esta necesidad de ayudar a Dios con sentido práctico.

–Entre el aluvión de libros sobre Felipe II que aparecieron en torno a 1998, al cumplirse el cuarto centenario de su muerte, ¿cuáles destacarías?

–Como he dicho antes, el hallazgo de la colección de documentos de Almirante proporcionó una nueva perspectiva a los estudios recientes. Me gusta enormemente una tesis doctoral de Ignacio Fernández Terricabras, parcialmente publicada, acerca de la política religiosa de Felipe II, concretamente, cómo ejerció su patronato real en relación con el clero secular. Porque si a él no le gustaba un clérigo lo desterraba o lo encarcelaba, él mismo, no por mediación de la Inquisición o de la jerarquía eclesial. No hay que olvidar que sus dominios eran vastísimos –la Península Ibérica, Sicilia, Nápoles, el Nuevo Mundo– y que centenares de obispos eran designados directamente por él. Por cierto, también Franco –e incluso Juan Carlos en su primer año de reinado– propuso sus candidatos para los obispados españoles, nominación que el Papa, en la práctica, se veía obligado a aceptar. Otro aporte historiográfico interesante, que se dio a conocer, sobre todo, en el ciclo de conferencias organizado por la Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Aniversarios de Felipe II y Carlos V, fueron los nuevos estudios sobre su política con respecto a América. Desde luego, así como la historia de América Latina no se puede entender sin conocer la historia de España, tampoco la de ésta se puede comprender sin la de aquélla.

Existen valiosos estudios sobre la política religiosa de Felipe II, pero lo que nos sigue faltando, no obstante, es una biografía religiosa, aspecto que merece una consideración especial tratándose de un monarca profundamente mesiánico, que en una oportunidad aseveró al Papa: «Antes que sufrir la menor quiebra del mundo en lo de la religión, y del servicio de Dios, perderé todos mis Estados y cien vidas que tuviese». No le bastaba identificar con certeza el designio divino que guiaba sus actos, para lo que solía pedir el asesoramiento de clérigos y teólogos, sino que solicitaba además para su cumplimiento la asistencia sobrenatural de los santos. Para asegurarse su apoyo tenía en El Escorial no menos de 7.422 reliquias, incluso 12 cadáveres completos, 144 cabezas enteras y 306 extremidades íntegras de numerosos santos. Es normal que para un católico una reliquia sea objeto de devoción; unas cuantas pueden reflejar una piedad ejemplar; ¡pero 7.422 reliquias sugieren una obsesión desenfrenada! Cuando, en 1587, se transportó desde los Países Bajos a Toledo, su ciudad natal, el cadáver de Santa Leocadia, el rey en persona observaba cómo el cardenal Quiroga,